



Susana Sagrillo
La otra voz en La saga de los confines. Un estudio sobre la trilogía de Liliana Bodoc
Mendoza
EDIUNC
2014
203 páginas

Julián Abel Fiscina¹

Fantasy e ideología: sobre La saga de los confines de Liliana Bodoc

Recordemos, señores, que la realidad no es más que lo que imagina el poder. La imaginación y la palabra de los poderosos crea eso que la gente de los callejones y del mercado acepta como cierto.
Liliana Bodoc, *Memorias impuras*.

La narrativa de Liliana Bodoc (Santa Fe, 1958) irrumpió en el panorama literario latinoamericano hace más de una década con *La saga de los confines*. Desde entonces, ha despertado el interés de una multitud de lectores atraídos por la novedad de una épica fantástica construida sobre un referente innegablemente latinoamericano. Esta trilogía, compuesta

por *Los días del Venado* (2000), *Los días de la Sombra* (2002) y *Los días del Fuego* (2004), inaugura un modo de aproximación a la realidad y a los conflictos que siguen atravesándola, que no había sido explorado en la lengua castellana. Aun así, y a pesar de su éxito comercial, su reconocimiento mundial (circulan ediciones en italiano, inglés, alemán, holandés, francés, polaco, japonés) y su valor literario, en el ámbito académico aún no han resonado sus lecturas. Honrosas excepciones son las procedentes de los especialistas en literatura infantil y juvenil quienes desde

¹ Profesor en Letras para EGB3 y Polimodal por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Adscripto en tareas de docencia y de investigación al área de Literatura argentina en las carreras del Profesorado

en Letras y la Licenciatura en Letras, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. Mail de contacto: julianfiscina@gmail.com

el año 2001 celebran y reseñan incesantemente la obra de Bodoc.

En medio de este panorama, el libro que nos ocupa constituye una lectura pionera pues logra revelar la intensidad política del relato sin caer en prejuicios que reducen el alcance de la obra y el pensamiento de la escritora. Investigadora y profesora en la Universidad Nacional de Cuyo, Sagrillo propone una primera excursión-incursión en este mundo de las Tierras Fértiles que se apoya sobre un aparato bibliográfico nutrido de diversas disciplinas como la teoría estructuralista, la semiótica peirceana, la teoría lingüística sobre enunciación, la filosofía de Roig y Kusch, la ficción latinoamericana y la teoría literaria sobre el género fantástico.² La perspectiva teórico-metodológica, desde la cual se posiciona la crítica mendocina, se construye sobre los conceptos lotmanianos de “semiosfera” y “frontera”, mientras su lectura avanza por “abducción” (Peirce) buscando las modulaciones de “la voz” (Genette) que habilitan una interpretación alegórica de la trilogía.

El trabajo del que lee

La épica no tiene lectores, tiene
soldados.
Liliana Bodoc

Al trasponer el límite paratextual, el lector del libro de Sagrillo se encuentra frente a la escritura organizada de una docente que explica, detalla, evita los supuestos, brinda ejemplos y se ocupa siempre de que no queden cabos sueltos. La planificación cautiva y ordena los aportes del amplio

espectro de autores que se citan descubriendo su pertinencia para interpretar *La saga de los confines*. La escritura avanza sostenida por un conocimiento preclaro del tamiz teórico que la enriquece, complejizándose y ensanchándose capítulo a capítulo. Es que el texto de Bodoc, como todo buen *fantasy*, es un espacio a explorar, un camino a recorrer y un mundo a conocer; cada capítulo plantea un itinerario posible por ese espacio ficcional tomando como punto de partida un aspecto estructural de *Los días del Venado*, la novela inaugural de *La saga de los confines*.

Luego de una introducción en la que contextualiza la escritura de Bodoc como respuesta-reacción a la Globalización y el creciente Neoliberalismo, Sagrillo no demora en arriesgar la hipótesis de lectura que articulará todo su pensamiento: el éxito de la trilogía de Liliana Bodoc radica en la capacidad que tuvo la autora de captar las problemáticas centrales de sus contemporáneos, de “dar respuestas a planteos y necesidades de los lectores” dado que “supo y pudo reflejar las ideas que circulaban en su época” (33).

En los siete capítulos-caminos en que se divide el libro, la lectura de Sagrillo va revelando los pliegues de la escritura desde los que Bodoc deconstruye una cosmovisión al tiempo que edifica una nueva. En el primer capítulo, titulado “La obra”, los aportes de Lotman, Bajtín y Roig son puestos en diálogo a partir del análisis del paradigma de memoria-olvido en el que se sostiene toda cultura y la potencia que esta lógica tiene en los

² Este es el nombre del continente donde tiene lugar la historia. Los variados pueblos que en él habitan (husihuilkes, Señores del Sol, lulus, Pastores del Desierto, zitzahay, bóreos, miembros del Clan de los Búhos, Brujos de la Tierra) deben aliarse para

hacer frente a una invasión procedente de las Tierras Antiguas que, impulsada por el hijo de la Muerte, Misáianes, pone en riesgo no solo sus vidas, sino su manera de entender el mundo y de relacionarse con él.

pueblos como los americanos a los que se le ha negado buena parte de su identidad; luego de establecer una genealogía de novelistas que instalan la polémica entre avalar o rechazar un modelo del mundo, entre los que menciona a Fuentes, Monterroso, Manns e incluso a Feinmann, se ocupa de analizar paratextualmente las novelas de la trilogía para señalar que el narrador manifiesta una notoria afinidad por los márgenes (la comunidad de los husihuilkes, en el confín del mundo ficcional), por lo cual “se constituye en portavoz de la ideología del autor” (34).

En el capítulo 2, Sagrillo se detiene en la consideración de la trama y analiza puntualmente la focalización del narrador recurriendo a los aportes teóricos de Bajtín, Genette y Uspenski, advirtiendo que, a pesar de no ser polifónico, el narrador se manifiesta “abierto al diálogo, se cuestiona y busca nuevos caminos”, es decir, no es “autoritario” (59). La fábula, por su parte, es reconstruida en el capítulo siguiente, organizando estructuralmente los aspectos espaciales y temporales de la primera novela de la trilogía en la cual se basa todo el análisis.

El capítulo 4 está destinado a observar los programas narrativos que articulan la obra. Luego de una extensa y prolija recuperación teórica de los aportes que Greimas, Courtés y Fontanille hicieron a la semiótica de la narración, la crítica mendocina recorre los programas de *la prueba* y de *la búsqueda* que, según su lectura, cifran los movimientos actanciales en la novela. Al finalizar este minucioso análisis, los mundos que se oponen en el espacio ficcional quedan definidos y enfrentados en el universo axiológico-moral: el Venado, signado por la búsqueda de consenso, la persuasión y el respeto por la libertad; Misáianes (el Odio Eterno), por el disenso y la manipulación. Estas conclusiones

parciales serán retomadas y resignificadas en el capítulo VI, “Ideas subyacentes”, donde Sagrillo analiza las *isotopías* (Greimas), es decir, aquellas “repeticiones de elementos que aseguran la coherencia del enunciado” (100); en *Los días del Venado* el mundo de los valores antagónicos emerge también en la construcción de los espacios (unos “abiertos”, los otros “clausurados”), en las concepciones de la magia, es decir, del saber (para unos se busca, es para todos y requiere el diálogo, mientras para los otros se niega, es para pocos iniciados y supone el sometimiento) y los usos del poder (la persuasión y el amor, contra la obediencia y el miedo).

En el capítulo 5, uno de los más interesantes del libro, Sagrillo retoma la noción de Hamon de “efecto personaje” y, después de señalar que la antítesis es la principal figura retórica mediante la que se construyen en la trilogía, se detiene en el análisis de dos personajes: uno individual, con el cual el narrador se identifica ideológicamente, el husihuilke Dulkancellin; el otro, colectivo, cuya ideología es rechazada por el narrador, los sideresios (las fuerzas de Misáianes). Considera detenidamente la cuestión de los nombres propios para indicar que, aunque los nombres de los personajes nativos proceden etimológicamente de lenguas originarias americanas y los del grupo antagonista derivan del latín, son estos últimos los más familiares para el lector: para la investigadora mendocina, este hecho “demuestra la aculturación producida por la conquista y la colonización. Del mismo modo que ahora otros nombres empiezan a ser desconocidos por la aculturación producida por la globalización, con su marcada desregionalización y olvido” (156). Esta observación puede extenderse con facilidad al universo axiológico que su

lectura viene construyendo también antitéticamente: de lo comunitario y la necesidad del otro para preservar la memoria a la imposibilidad de diálogo, la inexistencia de linajes y la lógica del miedo. Antes de terminar el capítulo y dando pie al último, la autora aclara que la adhesión del narrador no es simplemente a un personaje, sino hacia el universo de valores que este encarna.

Finalmente, el capítulo 7 reúne los aportes pormenorizados de los capítulos anteriores exponiendo en su título la operatoria central que Sagrillo lee en la trilogía: “Recuperación de la dignidad latinoamericana”. La grandilocuencia de este enunciado es rápidamente contextualizada desde la propuesta filosófica que subyace a toda la interpretación: como afirma Roig, el discurso dominante solo puede ser quebrado desde el lado del oprimido al posicionarse éste como un sujeto histórico, es decir, al recuperar el “estar siendo” (Kusch) y reafirmarse en su lugar geográfico y axiológico. La crítica lee el uso que Bodoc hace del *fantasy* como un gesto plenamente político dado que “la literatura puede llenar los espacios vaciados de contenido del pasado” (186).

Hallazgos

Existen elementos de la lectura que propone Susana Sagrillo que pueden adaptarse a cualquiera de las novelas de Liliana Bodoc. Esto es así porque sus principales hallazgos gravitan en torno a las operatorias fundamentales con las que la novelista plantea su visión de mundo. En primer lugar debemos mencionar la perspectiva filosófica latinoamericana desde la que se contextualiza el pensamiento y, por tanto, la escritura de Bodoc; la exhaustiva lectura y sistematización de los principales aportes

de Roig y Kusch a la interpretación de una cosmovisión latinoamericana, especialmente sudamericana, abre el juego a habilitar las voces propias, nativas (ni ajenas ni extranjeras) desde las cuales construir la propia versión-narración de los hechos que aún marcan las coordenadas de nuestra identidad cultural. En *La saga...* es la Conquista y su rechazo; en *Memorias impuras*, serán las revoluciones; en *Presagio de carnaval* y *El rastro de la canela*, las esclavitudes.

El segundo y fundamental hallazgo del libro de Sagrillo es la lectura en clave alegórica de *La saga de los confines*. Si bien no desarrolla en ningún momento el concepto teórico de alegoría, ni lo postula como eje de su estudio, indudablemente subyace a su lectura y le permite unir las insondables intenciones autorales con los procedimientos utilizados por Bodoc en su novela, haciendo emerger la ideología en la constante explosión poética y narrativa que caracteriza la trilogía. Según la lectura de Sagrillo, la Conquista es representada en *La saga de los confines* de tal forma que remite alegóricamente al imperialismo contemporáneo. Ahí radica su fuerza política y literaria: en la forma del relato.

Por último, resulta interesante la vuelta que propone la autora a la teoría narratológica más dura, en evidente recesión dentro del ámbito académico. El libro de Sagrillo no solo puede funcionar como un repaso de los aportes más sustanciales del estructuralismo y la semiótica narrativa, sino que es una apuesta por su resignificación y revalorización en un contexto cultural a todas luces diferente de aquel en el cual surgieron: su pensamiento y su forma de leer despiertan conceptos aparentemente aletargados descubriendo y habilitando su uso crítico para hablar de los problemas de la literatura de hoy.

La escritura de Liliana Bodoc se sustenta sobre un axioma irreductible e innegociable: el lenguaje poético es un modo privilegiado de conocimiento y un medio para transformar la realidad. Todo acto poético traduce, por tanto, un acto ético en la medida en que propone una lectura del mundo y promueve una revisión de las operatorias que sostienen esa cosmovisión. La lectura de Sagrillo avanza desandando el funcionamiento de esa máquina poética y, como buena “adelantada”, señala generosos refugios

donde la futura crítica de Bodoc puede guarecerse.

Referencias bibliográficas

Bodoc, Liliana (2013). *Memorias impuras*. Buenos Aires: Alfaguara.
Sormani, Nora Lía (2001). “Los días del Venado”. *La Mancha*, N° 14, año 5, mayo. Extraído de *Revista Imaginaria*: <http://www.imaginaria.com.ar/05/2/venado2.htm>.